

EL PROCESO DE QUERER

Acogida, familiarización y vinculación a la escuela infantil

AGOSTO 2023

Bet Soldevila



El proceso de querer

Acogida, familiarización y vinculación a la escuela infantil

Bet Soldevila

Con los primeros días del curso inauguramos un período marcado por características propias y una serie de experiencias únicas y significativas. Tanto para las niñas y los niños como para los adultos, esta etapa está formada por una serie de "primeras veces". Es la primera vez que niños y niñas pisan la escuela, se alejan de sus figuras de referencia y establecen conexiones con otros/as niños/as y adultos. Al mismo tiempo, las madres y los padres se separan por primera vez de sus hijos e hijas y los dejan en manos desconocidas. Nuevos espacios para explorar y habitar, nuevas relaciones, nuevas dinámicas.

Esta fase tan singular ha sido bautizada con diferentes nombres, que han evolucionado a medida que la mirada y el trato hacia la infancia han cambiado.

Adaptación o resignación

Los paradigmas tradicionales llaman a este período "proceso de adaptación", descrito como un período que ocurre en el tiempo, con un inicio y un final, en el que el niño o niña se prepara emocionalmente para aceptar el nuevo entorno: la escuela (León, 2009), como el tiempo que el niño o niña necesita para integrarse al grupo y disfrutar de este y de la escuela (Rodríguez, 2009) o como el camino por el cual el niño o niña acepta y se incluye en un entorno nuevo (Pérez, 2010). Pero ¿es realmente el término "adaptación" el más adecuado para definir este momento?

No podemos negar que el concepto "adaptación" pone el foco en el/la niño/a, pero no en ese protagonismo deseable en un buen quehacer pedagógico, sino en el esfuerzo que este tendrá que hacer ante la nueva situación. Y es que el término "adaptación" nos evoca conceptos como lucha, adecuación, modificación y supervivencia, al más propio estilo darwiniano.

El entorno es la escuela, que a menudo es percibida como un ambiente hostil, y es la niña o niño quien debe acomodarse y poner todos los esfuerzos para encajar en él; adaptarse o morir. En el peor de los casos, lo tendrá que hacer solo/a y con sufrimiento, bajo la excusa de "hacerse fuerte" y, además, lo tendrá que hacer rápidamente, sin interferir, sin molestar. Se esperará también que las familias confíen ciegamente, evitando la sobreprotección y, especialmente, que se mantengan al margen. Las educadoras encajarán la situación con una dosis extra de energía, con el consuelo de que será solo cuestión de días hasta que todo vuelva a la normalidad. Todo en un proceso homogéneo,

igual para todos y todas, que se convierte en un "sálvese quien pueda" emocional, donde las necesidades de unos y otros se ignoran y la resignación emerge como protagonista indiscutible. En la adaptación, todos sufren: niños/as, educadoras y familias y, una vez superada y lograda la ansiada acomodación, ganamos y recibimos (o nos damos) las oportunas felicitaciones. La resiliencia permite que la mayoría salga adelante o que sobrevivamos un año tras otro, con una sensación agri dulce de victoria y un alto coste emocional.



Fuente: Corbella y Soldevila (2010)

Nuevas miradas

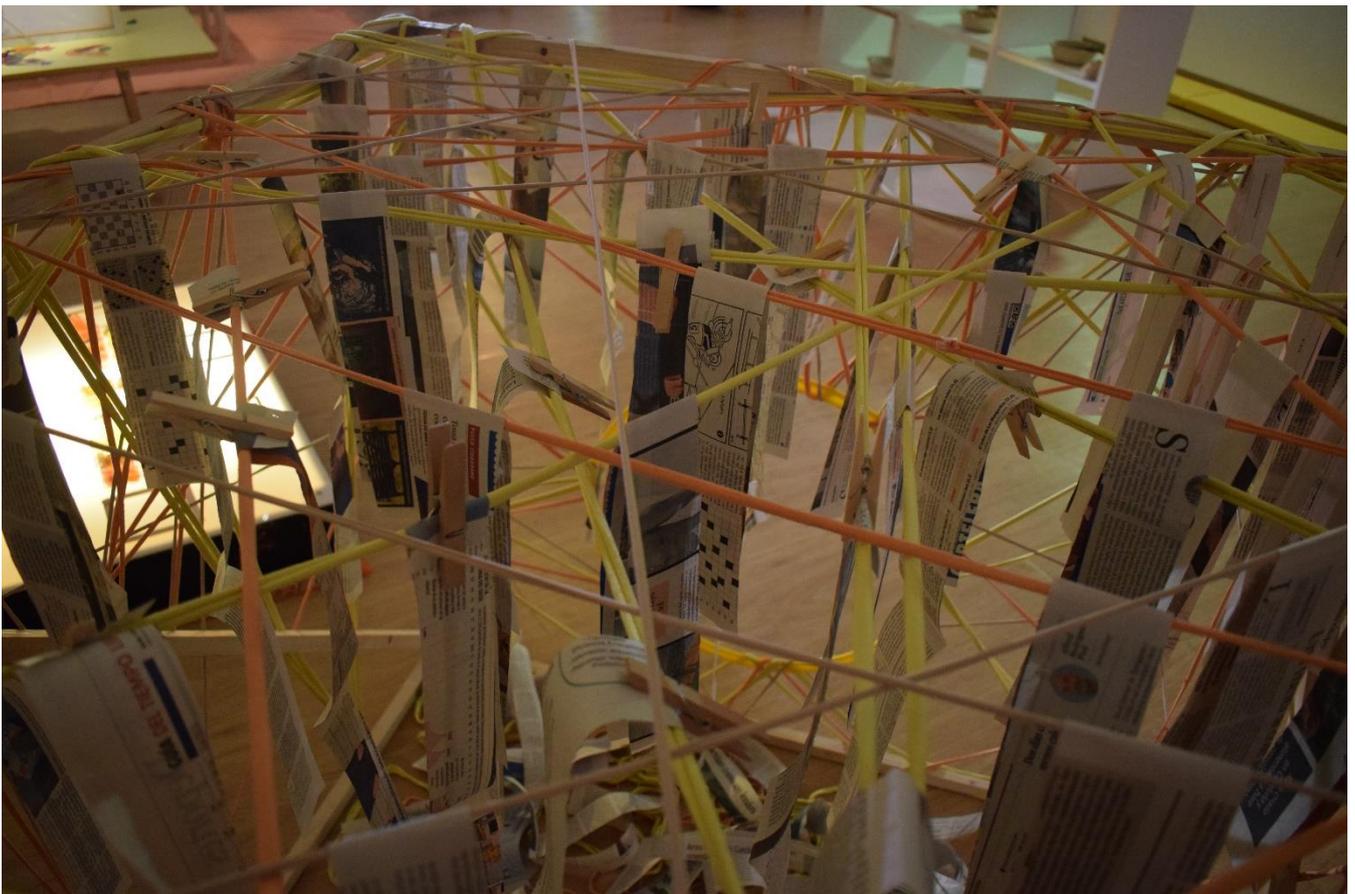
Con la emergencia de pedagogías más respetuosas, el término "adaptación" se ha ido desvaneciendo, dando paso a conceptos que colocan la responsabilidad del proceso en la escuela y sus profesionales. Cada vez más, escuchamos hablar de "proceso de acogida", "familiarización" o "vinculación". "Acogida", porque se implementa una estrategia consciente y planificada para abrir las puertas a nuevos miembros de la comunidad educativa; "familiarización", ya que necesariamente se ponen en juego diferentes estrategias para enfrentarnos y acostumbrarnos a un contexto y personas nuevas, tanto los niños y niñas como los padres, madres y educadoras; "vinculación", pues en el proceso se crean vínculos emocionales que perdurarán durante la escolarización.

La reflexión sobre la selección del término más adecuado y su implicación está presente en el debate pedagógico, ya sea en los claustros o en las redes sociales, pero estos conceptos tan pertinentes y que suenan tan bien, los de "acogida", "familiarización" y

"vinculación", en muchas ocasiones se convierten en meros eufemismos. No es suficiente con definir el constructo teórico; es necesario revisar a fondo nuestras prácticas, temores, prejuicios y diseñar espacios y momentos educativos que nos otorguen coherencia, asegurando así que este proceso no engrosará la lista de actos pedagógicos en los que lo que decimos y pensamos no se corresponde con lo que hacemos.

Anfitriones

La acogida es, en esencia, un proceso emocional. Introducir elementos nuevos en un sistema puede perturbarlo y provocar resistencias, al mismo tiempo que se remueven recuerdos y emociones. Por eso, es necesario que el equipo educativo, además de planificar todos los mecanismos formales de la acogida (jornada de puertas abiertas, entrevistas, reuniones iniciales y preparación de los espacios), asuma la gestión de todos estos procesos humanos reflexionando sobre ellos, informando, poniéndoles nombre, haciendo demandas explícitas y proporcionando las estrategias y competencias necesarias.



Si hemos trabajado bien el sentimiento de pertenencia al centro, este será percibido como propio por parte de todos y todas: alumnado, familias y equipo educativo. Por lo

tanto, no solo serán las educadoras, sino toda la comunidad educativa, la que podrá ejercer de anfitriona para acoger a los nuevos miembros.

Implicar a las familias en la acogida amplía la red de personas que pueden acompañar a las familias nuevas, al mismo tiempo que refuerza el sentimiento comunitario. Por ello, es necesario informarles sobre la incorporación de nuevos miembros y resaltar la importancia de colaborar de manera proactiva para facilitar el proceso. Podemos fomentar sentimientos de empatía en las familias, recordándoles sus primeros días en el centro (¡todos han pasado por eso!) y haciendo hincapié en las acciones que hicieron la entrada más dulce. Pediremos a las madres y los padres que nos ayuden en esta acogida, que se acerquen a los nuevos miembros, que se presenten, sean amables, les ofrezcan apoyo si lo necesitan, les cuenten su experiencia y les proporcionen información sobre aspectos organizativos si los ven desorientados.

El mismo enfoque debemos tener con las niñas y los niños: no estamos formando un grupo nuevo, sino incorporando a niños/as en grupos ya cohesionados (excepto el grupo de cero años si no es una escuela rural), lo que puede generar actitudes de rechazo o sentimientos de celos, en procesos que nos recuerdan a la incorporación de un nuevo hermanito en la familia. Expliquémosles qué está pasando, cómo pueden sentirse los niños y niñas nuevos, cómo podemos sentirnos nosotros/as, qué pasará en estos primeros días y cómo pueden ayudar.

Y, sobre todo, acogamos con generosidad, sin condiciones y sin juicios. Acojamos los nervios, los miedos, la desconfianza, la angustia, las preocupaciones, la tristeza, las expectativas y acogamos especialmente la diferencia: diversas formas de hacer, de verlo, de estar, de pensar. Porque es en la acción de acoger donde plantamos la semilla del vínculo.

Estar

Las personas, los contextos o las acciones se vuelven familiares cuando los vemos, tratamos, hacemos, nos relacionamos con ellos de manera regular y nos acostumbramos a ellos. La familiarización se basa, por lo tanto, en distintos factores interrelacionados: el paso del tiempo, las ocasiones de contacto, la frecuencia de los encuentros y la capacidad del espacio para acoger y provocar esta interacción. Estos elementos operan en una proporción directa: a medida que se multiplican, el proceso de familiarización se acelera y se profundiza.

En este contexto, el camino hacia una acogida exitosa implica abrir las puertas y permitir que los nuevos miembros entren, siempre que sea posible, durante el tiempo que sea necesario, creando un ambiente que favorezca las ocasiones ideales para establecer una interacción rica y significativa, para hablar y conocernos mutuamente (quién somos, cómo nos sentimos), compartir (juegos, ideas, experiencias, emociones), dejar ver (qué hacemos, cómo lo hacemos), explicar (por qué lo hacemos), entender (organización, rutinas), generar consenso... ofreciendo una red de seguridad: los/as niños/as necesitan explorar con una persona de referencia cerca y las familias necesitan ver qué sucederá allí dentro cuando no estén presentes, para ganar confianza.

El desarrollo de esta cultura de acogida exige en el equipo educativo transparencia, honestidad, competencia, confianza, seguridad, humildad y una sólida argumentación pedagógica. No existe un mejor indicador de madurez y calidad de un proyecto educativo que la capacidad de dejar pasar.



Seducción

La complejidad de la gestión del período de acogida o familiarización puede llegar a eclipsar el tercer concepto, que es donde se encuentra la clave: la vinculación. El núcleo esencial de todo el proceso radica, sin duda, en la creación de vínculos emocionales seguros y significativos, con el alumnado y sus familias. Es importante matizar, sin embargo, que esta vinculación no es el recurso para enfrentar la dificultad del momento (cuanto más rápido nos vinculemos, antes se calmará la situación), ni siquiera es el objetivo final (aunque a menudo se plantea así). Podemos entender la vinculación como el resultado de todo. Es decir, para ser precisos, no se trata solo de centrarnos en tejer estos vínculos para facilitar la gestión emocional del momento, sino de tener presente que, fruto del contexto en el que nos encontramos, la escuela, y de la cotidianidad escolar, que será diaria, esas personitas pasarán a ser una parte importante de nuestra vida, cuidaremos de ellas, las querremos y, por extensión, también tendremos un vínculo

importante con sus familias. Colocar en el centro este hecho, el amor que irremediamente surgirá en este proceso, nos sitúa en una nueva perspectiva, de talante positivo, que nos ofrece la certeza de que el proceso llegará a buen puerto y tiñe nuestra actitud (nuestro hacer, nuestro cuerpo, nuestro lenguaje, nuestra mirada) de autenticidad; una autenticidad que posibilita la expresión de un amor auténtico, que fluye de manera genuina y nos permitirá convencer a los recién llegados de que sí, los queremos, ese espacio les pertenece, forman parte de él y allí serán respetados y amados.

Desde esta posición emocional, que conocemos porque nos es cercana (sabemos hasta qué punto llegaremos a quererlos), nos será fácil poner en juego la combinación sutil de factores que hacen que nuestros niños y niñas se vinculen con nosotras, las educadoras, con los/las compañeros/as y también al centro.



La seducción de las propuestas actúa como una fuerza irresistible para atraer la atención y despertar la curiosidad y el deseo de conocer. Esta seducción se materializa en la creación de entornos de aprendizaje amables, estéticos, acogedores, estimulantes y

lentos de desafíos y oportunidades de descubrimiento; espacios que preparamos con cuidado, porque sabemos que los espacios también nos cuidan, añadiendo un elemento más a la red. Que estos espacios sean compartidos y jugados por las familias permite escribir experiencias y recuerdos placenteros y significativos, en los que la escuela es el envoltorio y, por lo tanto, se convierte en un elemento de gran valor emocional para niños/as y adultos. En este marco, nos será fácil acercarnos a las niñas y los niños nuevos/as y encontrar momentos de juego compartido, creando una conexión directa con emociones positivas, bienestar y confianza. Con el paso de los días, estos lazos se convertirán en la columna vertebral que sostendrá todo el proceso educativo.

Tres por tres

Llegados a este punto, nos damos cuenta de que estos tres conceptos -"acogida", "familiarización" y "vinculación"- se pueden ver al mismo tiempo como tres momentos diferentes del proceso, que ocurren uno detrás del otro y, también, como tres factores imprescindibles para una buena gestión del proceso. La experiencia nos dice que una gestión cuidadosa de este delicado momento hace desaparecer sufrimientos innecesarios y nos devuelve la emoción de iniciar, con disfrute, un nuevo curso.

Si los abordamos con coherencia, además, construiremos un proceso diverso y a medida, que acompañe las diferentes necesidades, ritmos, inquietudes, haciendo resonar la forma en que enfrentamos el resto de los procesos pedagógicos durante el curso, ofreciendo a cada niño/a y cada adulto el tiempo y el espacio que necesite para forjar el vínculo en estos primeros pasos del proceso de querer.

Referencias bibliográficas

Corbella, X. y Soldevila, B. (2010). *Receptes per a cuinar un bon curs. Reflexions i recursos per a l'adaptació a P3*. La Xaveta Edicions.

León, S. (2009). ¿Por qué es necesario el periodo de adaptación en Educación Infantil? *Innovación y experiencias educativas*, 45, 1-9. <https://www.orientacionandujar.es/wp-content/uploads/2015/08/%C2%BFPor-qu%C3%A9-el-perido-de-adaptaci%C3%B3n.pdf>

Pérez, D. (2010). El periodo de adaptación en Educación Infantil. *Publicaciones didácticas*, 7, 189-195. <https://doi.org/10.25115/ecp.v2i4.893>

Rodríguez, I. (2009). La importancia del periodo de adaptación en el alumnado de tres años: una experiencia práctica. *Espiral. Cuadernos del profesorado*, 2(4), 26-33. <https://doi.org/10.25115/ecp.v2i4.893>